



Universidad de Buenos Aires



Facultad de Psicología

**Universidad de Buenos Aires
Facultad de Psicología**

Tesis de Licenciatura en Psicología

**Los *engañadores engañados*: amor en la adolescencia,
espejismos y huellas. Una perspectiva psicoanalítica**

Tesista: Camila Kohanoff

LU: 378716040

Tutora: Lucila Rodríguez

DNI: 28.101.948

Año: 2018

Agradecimientos

A mi madre, por permitirme mirar y conocer, desde pequeña, esta hermosa Universidad. Por transmitirme su pasión por el estudio, por acompañarme y ayudarme en cada paso, por su dulzura en la enseñanza y por su enorme amor.

A mi padre por su apoyo incondicional y por permitirme crecer dándome confianza y libertad.

A mis hermanos, por haber forjado juntos el amor más hermoso. Por brindarme la posibilidad de conocer lo bello y lo creativo del arte.

A la Universidad de Buenos Aires, por su formación de excelencia.

A la Facultad de Psicología y sus docentes por haber nutrido mi pasión.

A mi tutora, Lucila Rodríguez, por darme la posibilidad de investigar sobre lo que me interpela y guiarme en este proceso, con confianza, para lograrlo.

A Marcela Cipolla, por su calidez y por permitirme, cada semana, conocer la clínica, aprendiendo junto a ella en un hermoso equipo.

A mis compañeros de cursada, por acompañarme en este recorrido. Por las experiencias compartidas y las amistades construidas.

A mis amigos de la vida, les agradezco por el afecto, por las palabras de apoyo y sostén a lo largo de este camino.

Índice

1. Introducción	4
1.1. Objetivos.....	5
1.2. Objetivo general.....	5
1.3. Objetivos específicos.....	6
2. Marco conceptual	6
2.1. Marco teórico.....	6
2.2. Estado del arte.....	8
3. Metodología	9
4. Desarrollo	10
4.1. El amor como fusión entre los amantes.....	10
4.2. Amor, sexualidad y adolescencia:	
<i>El despertar de la primavera</i> (Wedekind, 1891).....	12
4.3. La pubertad y la adolescencia desde la teoría psicoanalítica.....	15
4.4. El amor según la teoría lacaniana.....	19
4.5. El amor y su transitoriedad.....	23
5. Conclusiones	25
6. Referencias bibliográficas	27

Los *engañadores engañados*: amor en la adolescencia, espejismos y huellas. Una perspectiva psicoanalítica

“Observamos a los amantes y los vemos sonrojarse, adivinando que ambos no son más que engañadores engañados”
(Wedekind, 1891, p. 100).

1. Introducción

Desde todos los tiempos, el amor constituye una temática cautivante para pensadores y artistas. El amor se presenta como un rayo o un flechazo que impacta en los amantes. Un lugar conocido y al mismo tiempo inquietante donde los misterios, enigmas y secretos dibujarán las cartografías que recorrerán los enamorados. El amor implica tanto una acción heroica, digna o valorable, un sentimiento que enaltece, un impulso que nos proyecta a alcanzar lo inalcanzable, así como también sufrimiento, tristeza y angustia. El amor es locura que puede transformarse en peligro, es un golpe violento que atraviesa a los sujetos.... El amor petrifica y moviliza. Los amantes se embarcan en una ilusión, tejiendo encuentros y desencuentros, cruzan cuerpos y deseos, se mezclan miradas y aromas, se yerguen y al mismo tiempo se diluyen, danzando al ritmo de un nuevo juego posible.

El presente trabajo es el cierre y la apertura de un camino atravesado por una pasión que dio sus primeros pasos en la inscripción a la carrera de Psicología en la Universidad de Buenos Aires y, desde entonces, se renueva en cada clase y proyecto. A la hora de definir la temática de la tesis, aquello que motivó

esta investigación fue el primer amor adolescente. Este trabajo abordará la concepción del amor en la adolescencia, momento en el cual los sujetos están listos para emprender nuevas experiencias. Los adolescentes, atravesados por la metamorfosis de sus cuerpos y sus sueños, se encuentran con un otro que encandila y dilata sus miradas. El sentimiento y la búsqueda invaden a esos cuerpos que comienzan a entrelazarse. Esta multiplicidad de imágenes y sensaciones atraviesan la adolescencia, momento álgido donde las subjetividades estallan y florecen en las posibilidades que brinda la maduración sexual. El psicoanálisis es una teoría que escucha los deseos y acompaña a cada sujeto para que no se aparte de ese camino. Es por ello que este estudio se enmarca en la perspectiva psicoanalítica que permitirá problematizar el amor en la adolescencia.

A partir de la exploración y el análisis bibliográfico se emprenderá un recorrido que intentará responder a la siguiente problemática. El amor tiene una vertiente imaginaria que se sostiene desde una concepción filosófica clásica que remite a la complementariedad posible entre los amantes. Platón en su obra *El Banquete* evoca, a través del relato de Aristófanes, la idea de que algo nos falta y puede ser alcanzado en el encuentro con el otro quien encaja perfectamente en nuestra falta. Este encuentro generaría de este modo una sensación de fusión, unificación o completud llamada "amor". Sin embargo, la adolescencia viene a cuestionar esta concepción clásica como única vertiente del amor. La adolescencia se presenta como un momento traumático frente a la confrontación con el otro y la sexualidad, fenómeno que aparece escenificado en la obra literaria *El despertar de la primavera* (1891) de Wedekind. El psicoanálisis lacaniano nos permite explicar la conmoción del encuentro con el otro sexo a partir de la ausencia de complementariedad. Desde esta vertiente, se puede pensar el amor adolescente como un *espejismo* que intenta velar la imposibilidad de hallar en el otro el objeto de satisfacción primordial perdido. Objeto que ha dejado *huellas* en el deseo del sujeto, huellas que se reeditarán en cada encuentro amoroso.

1.1. Objetivos

1.2. Objetivo general

Como *objetivo general*, el presente estudio se propone:

- Realizar un recorrido bibliográfico sobre el amor y la adolescencia que permita cuestionar la concepción del amor de la filosofía clásica a la luz de los aportes psicoanalíticos.

1.3. Objetivos específicos

Con el propósito de responder al objetivo general, se abordarán los siguientes *objetivos específicos*:

- Describir la concepción del amor evocada en el discurso de Aristófanes en *El Banquete* de Platón.
- Caracterizar las manifestaciones del primer encuentro amoroso adolescente recreado en la obra literaria *El despertar de la primavera* (Wedekind, 1891).
- Definir los conceptos de pubertad y adolescencia desde los aportes de Freud y otros autores inscriptos en el campo psicoanalítico.
- Identificar y analizar la concepción del amor a partir de la ausencia de complementariedad entre los sexos, planteada por la teoría lacaniana.
- Relacionar la noción de transitoriedad desarrollada por Freud con algunas particularidades del amor adolescente.

2. Marco conceptual

2.1. Marco teórico

La presente tesis se desarrollará en un marco conceptual psicoanalítico. A partir de un recorrido por las obras de Freud, Lacan y otros exponentes psicoanalíticos contemporáneos de relevancia, se utilizarán principalmente los conceptos de pubertad, adolescencia y amor para responder a la problemática de investigación.

Según Freud (1905), la pubertad es el momento correspondiente a la “maduración sexual”, momento en el que el sujeto se enfrenta por vez primera a la posibilidad efectiva de realizar el acto sexual. Este tiempo entraña una serie de metamorfosis en el sujeto. Aparece un nuevo fin sexual bajo el cual se subordinan todas las fuentes originarias de excitación. A su vez, tiene lugar el proceso que remite al reencuentro del objeto de satisfacción, es decir, el objeto de amor. Por otro lado, en la pubertad se consume uno de los logros psíquicos más importantes y dolorosos: el desasimiento del sujeto de la autoridad de sus padres.

Szapiro (1996a) sostiene que “lo específico de la pubertad, no es otra cosa que el enfrentamiento con la posibilidad efectiva del acto sexual y de ser padre” (p. 42). Siguiendo los lineamientos de Lacan, la autora concibe la pubertad como el momento en el cual el sujeto se enfrenta a un acto que instaura algo que es sin retorno. Se confronta con la ausencia de relación sexual que remite a la castración, ante lo cual deberá elaborar una respuesta posible que le permita reorganizar su existencia y su relación con el goce. La pubertad es entonces el momento en que el sujeto, confrontado al nuevo fin sexual, deberá poner en juego los “títulos” que lleva en el bolsillo que le han sido donados o no, posibilitándole su acceso deseo.

Por su parte Gamsie (1996) concibe la pubertad como el momento de confrontación con el otro sexo, con un goce distinto. Momento en el cual se produce una inadecuación con el otro: no todo será como estaba prometido y soñado en la latencia. A su vez, Stevens (1998) entiende la pubertad como “uno de los nombres de la inexistencia de relación sexual” (p. 13). El autor explica que a comienzos de siglo aparece el concepto sociológico de adolescencia que remite al período de vida que distingue la infancia de la edad adulta. Este concepto se transformó poco a poco en un término de uso psicológico lo que permitió, de este modo, usar indistintamente el concepto de pubertad y adolescencia.

En este contexto de la adolescencia es que surgen las primeras experiencias amorosas. Según Lacan (1964) el amor tiene esencia de “engaño”, es decir, se vislumbra como un “espejismo especular” (p. 276). Frente a la ausencia de complementariedad con el otro y la imposibilidad de hallar el “objeto primordial

perdido” (Freud 1905), Lacan (1972-1973) sostiene que “el amor es imposible” (p.106), lo que no disminuye en nada el interés que debe tener el sujeto por el otro. De este modo, desde la perspectiva lacaniana, el amor se presenta como una ilusión que se monta sobre las marcas que ha dejado el objeto perdido.

2.2. Estado del arte

En este apartado se presenta una breve mención de ciertos aportes psicoanalíticos actuales sobre los conceptos de pubertad, adolescencia y amor. Para ello, se ha realizado una búsqueda de materiales bibliográficos tanto en bibliotecas como en diferentes bases de datos correspondientes a distintas publicaciones y eventos científicos. Siguiendo un orden cronológico, se presentarán brevemente cuatro referencias bibliográficas que permitirán delinear marcos de discusión en torno a la temática abordada en la presente investigación:

- En primer lugar, se señalará un capítulo de José Barrionuevo (2011), “Semblante de la metamorfosis de la pubertad”, publicado en su libro *Pubertad y Adolescencia. Consideraciones desde el psicoanálisis*. En este capítulo, se busca establecer un acercamiento a la problemática de los adolescentes y la adolescencia desde el psicoanálisis. El autor plantea que la pubertad es el momento en cual el sujeto se enfrenta a la tramitación de las vicisitudes acarreadas por la irrupción de un cuerpo sexual real, momento que conllevará un importante esfuerzo de trabajo para su psiquismo. La pubertad se concibe entonces como el tiempo en el cual se produce una conmoción estructural, un replanteo del sentimiento de sí y de la identidad del sujeto.

- En segundo lugar, se hará referencia a un capítulo de Adrián Grassi (2012), “Metamorfosis de la pubertad: el hallazgo (?) de objeto”, publicado en la obra *Entre niños, adolescentes y funciones paternas* (Grassi y Córdova, 2012). En este texto, el autor presenta la pubertad como una trayectoria sinuosa de recorridos pulsionales, con desvíos y correcciones de rumbo, con confrontaciones, aciertos, desaciertos y desconciertos. Así entonces, en la

pubertad el sujeto se enfrenta a nuevas experiencias sexuales poniendo en juego la implicación de un trabajo psíquico.

- Por otro lado, se evocará el artículo de Inés Sotelo (2013) "El cuerpo en el despertar", presentado en el VI ENAPOL (Encuentro Americano de Psicoanálisis de Orientación Lacaniana) bajo la temática "Hablar con el cuerpo. Las crisis de las normas y la agitación de lo real". En este encuentro, Sotelo hace referencia a la adolescencia como el tiempo en el cual se producen acontecimientos en el cuerpo, marcados por la irrupción de lo pulsional, generando que el niño despierte del sueño de la infancia. En la adolescencia el sujeto se enfrenta a lo real transformando la perspectiva que tenía hasta entonces del mundo, de su cuerpo y de su relación con los otros.

- Por último, se mencionará una obra de Gabriela Insua (2015) titulada *¡Ojalá te enamores! Sobre la lógica amorosa en la adolescencia*. La autora entiende la adolescencia como un tiempo de tránsito, en el cual el adolescente se encuentra con otro cuerpo, enfrentándose a las grandes encrucijadas de la vida amorosa. El amor se presenta como una construcción frente a un encuentro contingente con un otro. El amor habla inevitablemente de la castración que conlleva escozores y vicisitudes en el encuentro amoroso.

3. Metodología

La presente investigación se inscribe en un enfoque cualitativo que privilegia el procedimiento de revisión y análisis bibliográfico. Para ello, se han utilizado fuentes primarias de información extraídas de la teoría psicoanalítica. A su vez, se ha recurrido a fuentes filosóficas clásicas que permitieron ejemplificar algunas representaciones del amor que circulan en el discurso cotidiano. Del mismo modo, se utilizaron fuentes secundarias de la literatura orientadas a caracterizar y analizar las manifestaciones del primer amor adolescente. A partir de estos elementos, este estudio propone articulaciones teóricas entre diversas fuentes bibliográficas en vistas a dar respuesta a las preguntas de investigación planteadas en la tesis. El alcance del trabajo es de tipo

exploratorio, su propósito es ampliar el conocimiento sobre la temática analizada.

4. Desarrollo

4.1. El amor como fusión entre los amantes

“(...) unirse y fundirse con el amado y llegar a ser uno solo (...)”
(Platón, *El Banquete*, p. 86).

Desde la antigüedad clásica, la imagen del amor remite ineluctablemente a Eros, el dios griego de la pasión, el deseo ardiente y el anhelo de alcanzar aquello que se ama. Se trata de una figura que representa el sentimiento de unión con un otro, objeto de amor. Un lazo que incluye lo sexual e invade todo el ser. Eros es, ante todo, invencible e ingobernable. Cuando se desborda, incluso puede llegar a desencadenar la manía o el delirio.

En este apartado se presenta una concepción filosófica del amor que recrea la idea de fusión entre los amantes quienes buscan completarse el uno al otro para constituir una misma unidad. Esta imagen del amor ha calado hasta nuestros días, reproduciéndose en diversos ritos y costumbres de nuestra sociedad.

Platón en su obra *El Banquete* evoca una reunión en el marco de una cena en la que varios comensales van tomando la palabra esgrimiendo distintos discursos para rendir tributo a Eros, el dios del amor. Entre los presentes se encuentran Fedro, Pausanias, Erixímaco, Aristófanes, Agatón y Sócrates. De estas exposiciones, aquí retomaremos la concepción del amor propuesta por Aristófanes que se reactualiza en dichos y proverbios inscriptos en el discurso cotidiano.

Aristófanes planteaba que existían tres sexos en la humanidad: masculino, femenino y andrógino. Común a los dos primeros, este último participaba de uno y otro sexo. Según el filósofo, la figura del andrógino era por completo esférica. Estos seres tenían la espalda y los costados en forma de círculo,

estaban conformados por cuatro brazos e igual número de piernas, dos rostros, dos órganos sexuales y una sola cabeza. Los andróginos eran seres terribles por su fuerza, vigor y arrogancia al punto tal que llegaron a atentar contra los dioses. Motivo por el cual, Zeus, junto a los demás dioses, decidió cortar a cada uno de estos individuos en dos para que sean más débiles y, al mismo tiempo, más útiles al multiplicar su número.

Una vez que la naturaleza de estos seres quedó partida en dos, cada una de las partes echaba de menos a su mitad, buscando reunirse con ella: “se rodeaban con sus brazos, se abrazaban la una a la otra, anhelando ser una sola naturaleza” (Platón, p. 83). Cada vez que moría una mitad, la que sobrevivía buscaba a otra, se abrazaba a ella y ambas perecían... Así, el amor se presentaba como un sentimiento aglutinador. El relato del filósofo muestra el anhelo constante de estas mitades de unirse y fundirse, intentando hacer un solo individuo de dos. El fin de dicho anhelo y persecución recibe el nombre de ‘amor’. Para Aristófanes sólo podríamos llegar a ser felices “(...) si lleváramos a su culminación el amor y cada uno encontrara a su amado, retornando a su antigua naturaleza” (pp. 87-88).

El mito de Aristófanes podría enlazarse con uno de los imaginarios del amor que circulan en nuestra sociedad. Algo nos falta y puede ser alcanzado en el encuentro con el otro. Es ese otro quien encaja perfectamente en nuestra falta, dando de este modo la sensación de fusión. El otro en tanto amante pasa a ser aquello que nos completa: la ‘otra mitad’, la ‘media naranja’, el ‘alma gemela’ intentando prolongar esta unión ‘hasta que la muerte los separe’... Estas imágenes sociales escenifican la idea del amor como la búsqueda de la completud que sólo aparece en la fusión con un otro, amante. Se intenta entonces eliminar la distancia, satisfaciendo las carencias: los amantes buscan unirse en uno solo. A partir de allí, podrían desprenderse una serie de ideas: el amor como fusión posible que permite alcanzar la plenitud, el amor como sentimiento definitivo, el amor como experiencia singular e intransferible. En definitiva, la concepción del amor de Aristófanes recrea la urgencia y las ansias de hallar, cada uno, su otra mitad perdida, reconstruyendo la imagen de la esfera y por tanto su completud.

4.2. Amor, sexualidad y adolescencia: *El despertar de la primavera* (Wedekind, 1891)

“-Mauricio: Para mí fue como si me hubiera partido un rayo”
(Wedekind, 1891, p. 20).

La adolescencia es el tiempo en que surgen las primeras experiencias de enamoramiento. Los cuerpos y las mentes comienzan a enredarse en un nuevo juego posible marcado por el despertar de las nuevas sensaciones sexuales. El adolescente, atravesado por las transformaciones de su cuerpo, busca una pareja con la cual sueña y fantasea, busca un amor que se convertirá en su compañero de aventuras.

Este apartado propone un recorrido en torno a esas primeras experiencias en las cuales el adolescente se enfrenta a las grandes encrucijadas de la vida amorosa. Se tomará la obra *El despertar de la primavera* (1891) de Wedekind con el propósito de ejemplificar lo que significa, para los jóvenes adolescentes, hacer el amor. La pieza teatral retrata a un grupo de adolescentes, entre 14 y 15 años de edad, que comienzan a plantearse una serie de interrogantes en torno al encuentro con la sexualidad. Secretos, misterios, miedos, angustias y adrenalina se colocan en primer plano en esas primeras relaciones de amor. Aparecen intereses, deseos y conflictos propios de los adolescentes que se vislumbran en su decir y su actuar. Los personajes principales de la pieza de Wedekind son: Wendla Bergmann, Melchor Gabor y Mauricio Stiefel. Sexualidad, amor y muerte marcarán la vida de esos adolescentes.

A partir de algunos fragmentos que dan cuenta de las preocupaciones y sensaciones experimentadas por esos jóvenes, se retomarán otras caras del amor que permiten problematizar la idea de la fusión posible de los amantes planteada por Aristófanes. El amor no solo acarrea ilusión, sino también el enfrentamiento con algo diferente que conlleva peligros y produce marcas en el cuerpo.

- En una de las escenas de la obra, en diálogo con su madre, Wendla refiere: “-Esos pensamientos me asaltan de noche, cuando no puedo dormir. Pero no me entristecen y sé que después duermo mucho mejor. ¿Es un pecado pensar en esas cosas?” (Acto 1, Escena I, p. 16). Las palabras de la joven dan cuenta de la excitación que despiertan en su cuerpo esas nuevas sensaciones, las palpitations internas que no puede controlar. La asaltan en la soledad nocturna cuando la mirada del otro parental no se halla presente. Atraviesan su cuerpo y su pensamiento, no dejándola dormir. Pero Wendla no quiere volver a dormirse, quiere vivenciar esas sensaciones acompañándolas con sus fantasías. En este sentido, Wendla no quiere estar dormida al “despertar” de la sexualidad, al florecimiento de esas nuevas experiencias en su cuerpo que, aunque la acechan por la noche, no la entristecen.

- En otro fragmento la joven, preocupada por el rol que se dispone a asumir, interroga a su madre quien evade sus preguntas:

“- (...) yo que soy tía por tercera vez no sé cómo es que eso pasa. ¡No te enojés! ¿A quién podría preguntárselo? Te lo pido por favor mamá, dímelo ahora, mamita... ¡Me avergüenzo de mí misma! No me retes por preguntar algo así. Explícame cómo pasa... cómo sucede eso. ¡No pretenderás en serio que a mis catorce años crea todavía en la cigüeña!” (Acto 2, Escena II, p. 49)

La joven plantea sus inquietudes pero su madre no responderá, evadirá en todo momento el crecimiento de su hija. La obra da cuenta de una sexualidad que se presenta como algo prohibido, que no se puede “decir” ni “sentir”. Una sexualidad que comienza a asomarse en la adolescencia de forma misteriosa y enigmática.

- La búsqueda y la falta de respuestas en torno al sexo se transparentan también en los dichos de Mauricio: “-Yo he hojeado la enciclopedia Meyer de la A a la Z, sin encontrar nada. ¡Palabras... nada más que palabras! (...) ¿De qué me sirve un diccionario si no me aclara los problemas más inmediatos de la vida?” (Acto 1, Escena II, p. 22). El joven se presenta desconcertado e intenta

hallar una respuesta a sus inquietudes en los libros: el adolescente queda sin respuestas frente al despertar de la sexualidad.

- En otro fragmento el mismo Mauricio afirma no saber de qué modo los jóvenes han sido “embarcados en esta galera” (Acto 1, Escena II, p. 21). La metáfora de la “galera” grafica la aventura de estos adolescentes frente a las nuevas experiencias de la sexualidad. La pubertad se presenta como un viaje hacia lo desconocido donde los mapas construidos para el tiempo de la infancia ya no alcanzan para seguir navegando.

- En otra escena Melchor, atraído por Wendla, la invita a compartir un momento diferente en el bosque disfrutando del contacto con la naturaleza:

“- Si no te esperan todavía, sentémonos un rato... Debajo de aquella encina es mi lugar favorito... ¡Cuando se apoya la cabeza en el tronco y a través de las ramas se divisa el cielo, uno queda como hipnotizado...!” (Acto 1, Escena V, p. 36).

Se percibe cómo Melchor invita a la joven a experimentar nuevas sensaciones. En esta escena se infiere que se despliega la primera relación sexual entre ellos. Se trata de un juego previo, una danza, un merodeo que posibilita un nuevo tipo de acercamiento de los cuerpos. En este juego se propone un cambio de perspectiva: recostados sobre la tierra, los jóvenes podrán mirar el cielo detrás de las hojas de los árboles. Se podría decir que Melchor invita a Wendla a mirar hacia los sueños, hacia las fantasías. El joven señala que uno queda “hipnotizado”, remitiendo así a la eternidad de un instante en el cual uno queda suspendido en el tiempo, enamorado de esa imagen. Más adelante, Melchor agrega: “Cuando se está así acostado... la frente apoyada en la mano... se le ocurren a uno los más extraños pensamientos” (Acto 1, Escena V, p. 36). Estos pensamientos que evoca el personaje se presentan de forma intrusiva, como un otro extranjero y por tanto desconocido, que a su vez lo atrae.

Las imágenes recorridas en *El despertar de la primavera* de Wedekind recrean los primeros encuentros que emergen durante la pubertad. Vivencias que marcan un estado naciente que arrastra a los jóvenes hacia un lugar desconocido. La pubertad es la ebullición de un nuevo momento que surge ante la posibilidad de llevar a cabo la primera relación sexual. Los pasajes de la obra muestran la dificultad de poner en palabras las primeras sensaciones ligadas a la genitalidad: rodeos, implícitos y balbuceos dan cuenta de algo que no se puede nombrar.

Wedekind retrata los obstáculos en el encuentro con la sexualidad y la imposibilidad de significarla, lo que puede llevar a los adolescentes incluso a los más trágicos desenlaces, tal como aparece representado sobre el final de la obra, a través del suicidio de Mauricio. En diálogo con Melchor, el “alma errante” del joven declara: “-Observamos a los amantes y los vemos sonrojarse, adivinando que ambos no son más que engañadores engañados” (Acto 3, Escena VII, p. 100). En definitiva, la obra muestra cómo estos adolescentes se hallan presos de un engaño amoroso que va dejando marcas en sus cuerpos. Son “engañadores engañados” que corren detrás de un espejismo. ¿Será este espejismo la posibilidad de fusionarse en otro, como lo planteaba Aristófanes? Lo cierto es que las vicisitudes del amor y la adolescencia, presentes en la obra de Wedekind, muestran que hay algo más que el simple espejismo en el fenómeno amoroso.

4.3. La pubertad y la adolescencia desde la teoría psicoanalítica

*Se miran, se presienten, se desean,
se acarician, se besan, se desnudan ...*
(Girondo, Poema XII, 1932).

En este apartado se presentarán algunas consideraciones preliminares en torno a los conceptos de pubertad y adolescencia desde la teoría psicoanalítica. Luego de este recorrido conceptual, se retomarán algunos pasajes de *El despertar de la primavera* (1891) para generar un contrapunto con las nociones teóricas evocadas.

Desde la perspectiva psicoanalítica, Freud (1905) conceptualiza la pubertad como el momento correspondiente a la “maduración sexual”, momento en el cual el sujeto se enfrenta por vez primera a la posibilidad efectiva de realizar el acto sexual y ser padre. Freud señala que dicho tiempo entraña una serie de metamorfosis. Refiere que “con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva. La pulsión sexual [que] era hasta entonces predominantemente autoerótica; ahora halla al objeto sexual” (p. 189).

Durante la pubertad existen entonces, dos transformaciones fundamentales: por un lado, la subordinación de todas las fuentes originarias de excitación sexual bajo el “primado de las zonas genitales” y, por el otro, el proceso que remite al “hallazgo de objeto” (p. 214). Ambas transformaciones ya están configuradas en la vida infantil.

En lo que concierne a la primera se podría decir que, hasta ese momento, la pulsión sexual partía de zonas erógenas singulares que, independientemente unas de otras, buscaban un cierto placer como única meta. Ahora, en la pubertad, aparece un nuevo fin sexual a cuya consecución tienden todas las pulsiones. Dicho fin no es otro que la posibilidad efectiva de realizar el acto sexual, el cual determinará funciones diferentes para cada sexo, posibilitando así el acceso a ser hombre o mujer. Es en este sentido que Freud señala: “La pulsión sexual se pone ahora al servicio de la función de reproducción” (p. 189).

En cuanto a la segunda transformación mencionada, el autor explica que el “hallazgo de objeto” es “propiamente un reencuentro” (p. 203). Este reencuentro remite a la primera experiencia de satisfacción sexual en la que el bebé - amamantado por su madre - halla su objeto en el pecho materno. Más tarde, una vez separada la actividad sexual de la alimentación, dicho objeto es perdido y la pulsión sexual pasa a ser autoerótica, tomando como objeto al propio cuerpo. Seguidamente, tras superar el período de latencia, el sujeto vuelve a establecer la relación con un objeto exterior, no incestuoso. Según Freud “el hecho de mamar el niño del pecho de su madre se vuelve paradigmático de todo vínculo de amor” (p. 203). Dicho momento marcaría el

camino de elección en el reencuentro con sus próximos objetos. En definitiva, la elección de los objetos de satisfacción estará guiada por indicios infantiles que son reeditados en la pubertad. Por ello, “el hallazgo de objeto no es más que un retorno al pasado” y la conmoción frente al objeto de amor en la adolescencia no es tal, sino porque remite al primitivo momento de satisfacción pulsional, del cual permanece un resto que prepara la elección de objeto y ayuda a “volver a constituir la felicidad perdida” (Szapiro, 1996a, p. 41). La relación con la realidad exterior involucra así, en primer lugar, la pérdida del objeto primordial y, en segundo lugar, su intento de recuperación en cada enamoramiento.

Para pensar la conceptualización freudiana de la pubertad debemos remitirnos inexorablemente al concepto de elaboración retroactiva, *après-coup*, donde los materiales existentes organizados en forma de huellas mnémicas de la infancia experimentan una reorganización a partir del nuevo fin sexual que aparece en la pubertad. Según Szapiro (1997) “la resolución en relación al goce incestuoso que se haya podido alcanzar en el primer tiempo del Edipo se resignifica *après-coup*, en este tiempo que corresponde a la pubertad” (p. 29). El sujeto abandona los objetos eróticos de la infancia y los reemplaza por objetos eróticos externos, no incestuosos. De este modo, la pubertad se articula con la ley de prohibición del incesto en Freud, indispensable para defenderse de la concentración en la familia. Esta ley es transmitida en la sociedad y marca así el sepultamiento del complejo de Edipo.

Por otro lado, Freud (1905) señala que en la pubertad se consume uno de los logros psíquicos más importantes y dolorosos: el desasimiento del sujeto respecto de la autoridad de sus padres. Tiempo marcado por las oposiciones entre las generaciones. Según Szapiro (1996b), en ese momento el sujeto es convocado a tomar la palabra y a hacerse responsable de la misma, asumiendo su deseo.

Siguiendo los lineamientos lacanianos, se podría pensar que el nuevo fin sexual de la pubertad instaure algo que es sin retorno para el sujeto (Szapiro 1996a). En ese momento que podríamos llamar ‘traumático’, el sujeto se

confronta a un real imposible de envolver, de rodear, que marca la no-relación sexual y que hace tambalear el mundo tal como lo conocía hasta entonces. El sujeto se enfrenta a la castración en el Otro que remite, en última instancia, a la propia castración, ante lo cual responderá reconstruyendo su fantasma. De este modo, elabora una respuesta posible que le permitirá reorganizar su existencia, su relación con el mundo y su relación con el goce. En definitiva, la pubertad es el momento en el cual el sujeto deberá poner en juego los “títulos” que lleva en el bolsillo, que le han sido donados (o no) por quien encarna la función paterna, posibilitándole su acceso al deseo.

Por su parte, Gamsie (1996) concibe la pubertad como el momento de confrontación con el otro sexo, con un goce distinto. Momento que conduce al encuentro o “malencontre” de un partenaire sexual. La autora refiere que en este tiempo se produce una inadecuación con el otro, una confrontación traumática, donde no todo será como estaba prometido, como se soñaba en la latencia: las historias de princesas y príncipes azules ya no se sostendrán en lo real.

Retomando *El despertar de la primavera* se podría pensar cómo los adolescentes, atravesados por la “metamorfosis” de sus cuerpos, planteada por Freud, se confrontan con un nuevo fin sexual ante el cual los saberes construidos en la infancia desfallecen. Esto encuentra su correlato en las palabras de Wendla quien interroga a su madre advirtiéndole que ya no cree en las historias de cigüeñas.

La adolescencia se presenta entonces como la “edad donde hay un reencuentro con lo imposible” (Stevens 1998, p. 11). Este imposible es una de las fórmulas de lo real: la imposibilidad de saber sobre la sexualidad, no se halla un saber instituido y constituido. Los jóvenes retratados por Wedekind intentan despejar dudas recurriendo al diccionario o al mundo de los adultos, sin embargo las palabras no alcanzan: “sean cuales fueren las palabras que el otro dice (las palabras de las cuales el niño disponía), en este momento, en la pubertad no le sirven” (p. 15).

A lo largo de la obra los personajes se sienten desbordados de pensamientos y sensaciones que no pueden controlar. Desde la teoría psicoanalítica nos

preguntamos si no es acaso lo pulsional aquello que se escenifica en sus cuerpos de forma intrusiva y extraña. Tras el florecimiento de la sexualidad, los adolescentes despiertan del sueño de la infancia: “volúmenes y formas se transforman a la vez que se precipitan deseos y temores desconocidos”, los jóvenes transforman la imagen especular de sí mismos y de los otros, transformándose así las miradas (Sotelo, 2013, p.46). Podría sostenerse que los adolescentes imaginados por Wedekind están transitando el camino pulsional de los sueños y los deseos, corren tras ese objeto primordial perdido que ha dejado sus marcas y se reedita continuamente en los encuentros con el otro.

4.4. El amor según la teoría lacaniana

“Como espejismo especular, el amor tiene esencia de engaño”

(Lacan, 1964, p. 276).

El presente apartado propone un recorrido por diferentes obras de Lacan que permitan analizar la concepción del amor, reseñando algunas de sus características y manifestaciones. A luz de la teoría psicoanalítica, se buscará problematizar la concepción de Aristófanes como la única versión posible del amor.

Según Lacan (1964) en la relación sexual “entran en juego todos los intervalos del deseo” (p. 200). Dicho deseo está relacionado con una estructura de señuelo a través de la cual el sujeto busca esa parte de sí mismo para siempre perdida. El espejismo especular posibilita un encuentro paradójico con un otro partenaire quien, a modo de señuelo, esconde “algo” que atrapa al sujeto. Sin embargo, el objeto primordial está perdido: “Nunca será vuelto a encontrar. Esperando algo mejor o peor, alguna cosa está allí, pero esperándolo.” (Lacan, 1959-1960, p. 70). De este modo, el sujeto podrá encontrar las coordenadas de placer pero no el objeto. El deseo da cuenta así de una búsqueda inagotable por el camino del placer que nunca termina por colmarse. El objeto primordial

perdido “subsiste en medio de la selva de los deseos” (p. 132) y la pulsión sexual para seguir ese camino debe rodearlo, contornearlo. De este modo, la pulsión sexual se presenta como un collage de parcialidades que, paradójicamente, se satisfacen en derredor del objeto.

Más allá de las investiduras que pueda tener, el encuentro con el otro nunca restituirá el objeto primordial perdido, de modo que siempre subsistirá una falta que impedirá alcanzar la unión, la fusión, la satisfacción plena. En este sentido, Lacan (1972-1973) declara: “el asunto es que el amor es imposible, que la relación sexual se abisma en el sin-sentido” (p. 106). El amor se encuentra entonces en objetos sustitutos que vienen al lugar del objeto originario, intentando cubrir su espacio, su brecha, procurando fundirse a la perfección en ese hueco. Objetivo éste que jamás alcanzará. El sujeto se enfrenta a un real que marca un límite al sentido que se poseía, se enfrenta a la imposibilidad de complementarse con el otro, frente a lo cual rearma una respuesta que llamamos ‘amor’. De este modo, el amor se presenta como un relato, un cuento, que nos contamos a nosotros mismos para que la cosa tenga algún ‘sentido’, es aquello que nos permite salir airoso de la dificultad de enfrentarnos a lo que no existe. Esta narrativa nos conmueve, nos emociona y genera una crítica que nos permite pensar nuestros vínculos siempre en forma de historias que se resignifican a través del tiempo.

A su vez, el amor es engaño. El amor es el espejismo que nos hace creer que la complementariedad entre los sexos existe. Es una ilusión que intenta cubrir, con un velo imaginario, un real, un agujero imposible de taponar completamente. ‘Déjalo todo y sígueme’, tras el amor va el amante con la ilusión de recuperar lo que le falta. El registro imaginario juega aquí un papel destacado frente al real, intenta ocupar el lugar de ‘verdad’ y, al decir de Moscón (2002), éste “sería el engaño propio del fenómeno amoroso” (p. 49): el amor construye una ‘verdad’ y no admite ningún descentramiento de ella. El amor es el propio centro de su verdad.

Lacan propone definir al amor como aquello que ocurre en el cine. No se refiere a la trama del film, sino a lo que pasa entre el espectador y la pantalla, entre la captación de la mirada y el poder fascinante de la imagen punteada por esos

reflejos luminosos que evocan la idea de lo bello (Lacan citado por Mario Pujó, 2002, p. 59). En efecto, la ceguera amorosa y su encandilamiento no serían más que las capas imaginarias que construyen una ilusión para ocultar y velar, en el fondo, la no complementariedad en la relación con el otro. En este sentido, el amor presenta, respecto de la castración, una vocación denegatoria. Busca hacer de cuenta que la unidad puede restablecerse, que lo perdido puede ser recuperado. Crea una realidad especular que le permite al amante hacer lazo con el otro, creyendo que ese otro deslumbrante es lo que le hace falta para estar completo.

Desde esta misma perspectiva y en relación con la adolescencia, Gabriela Insua (2002) afirma que “amar es ‘saber hacer’ con la falta” (p. 70). La adolescencia se presenta como un tiempo de tránsito hacia el hallazgo de un estilo, de un modo de ser. Es el momento en que el fantasma que fue armado en la niñez se pone en juego, “hay que jugarlo en el encuentro con el mundo y, sobre todo, en el encuentro con el otro sexo” (p. 70).

Si pensamos el fantasma como un rompecabezas que debe reconstruirse y lo jugamos, aunque una pieza fundamental nos falte, podemos observar e imaginar el dibujo entero intentando cerrar las figuras que se despliegan en él a partir del registro imaginario-simbólico. No sabremos nunca decir qué es lo que contenía dicha pieza, dicho real, pero podemos ‘saber hacer’ allí una aproximación que nos sirva para seguir jugando... jugando en esos encuentros y desencuentros.

Teniendo en cuenta los aportes de Lacan, se podría cuestionar la concepción del amor en tanto fusión de los individuos, evocada en el discurso de Aristófanes. En relación con la frase que habitualmente circula entre los amantes, “No somos más que uno”, Lacan (1972-1973) señala: “Cada cual sabe, desde luego, que nunca ha ocurrido que dos no sean más que uno, pero en fin, no somos más que uno. De allí parte la idea de amor” (pp. 60-61). El autor admite que esta es la manera más burda de darle a la relación sexual su significado. El amor aparece como un espejismo de unidad, encubriendo el imposible que marca la no complementariedad con el amante.

Esto lleva a preguntarnos por las diferencias y las singularidades. ¿La representación del amor como fusión de los amantes, propuesta por Aristófanes, conlleva una fagocitación de las diferencias? Siguiendo la teoría lacaniana, podemos destacar la distancia que separa a cada sujeto de los otros. Lejos de la unificación, el amor se presenta como un sentido posible para soportar la brecha del desencuentro.

En esta misma línea, Badiou (2009) sostiene que en el amor hay “un primer elemento que es una separación, una disyuntiva, una diferencia. Hay un Dos. El amor habla primero y antes que nada de un Dos” (p. 33-34). Este autor explica que el amor habla, en primer lugar, de una desunión que remite a la sencilla diferencia entre dos personas, cada cual con su “subjetividad infinita” (p.33). El amor se vislumbra como una construcción que se despliega a través del prisma de la diferencia.

En síntesis, se podría plantear que las nociones presentadas en el marco de la perspectiva lacaniana se oponen a la visión de Aristófanes para quien el amor tiene su origen en una unidad que, en tiempos pasados, habría sido seccionada en dos mitades. Para el filósofo clásico, el amor se presenta aquí como el anhelo constante de volver a constituir la identidad perdida a través de la fusión de los amantes. Por el contrario, Lacan plantea que el amor parte de la diferencia de los sexos. El amor se presenta como el encuentro contingente entre dos sujetos, dos figuras diferentes, dos soledades. Desde este enfoque, “el amor tiene esencia de engaño” (Lacan 1964, p. 276), el amor es el espejismo que reproduce la idea de fusión de los amantes, pero en verdad se construye sobre el terreno de la ausencia de complementariedad con el otro.

Es en este sentido que Lacan (1972-1973) sostiene: “El amor es impotente, aunque sea recíproco, porque ignora que no es más que el deseo de ser Uno, lo cual nos conduce a la imposibilidad de establecer la relación de *ellos* (...) - dos sexos” (p. 14). En conclusión, desde el psicoanálisis, no se pueden acallar las diferencias, no se pueden homologar las singularidades, en definitiva, más allá del deseo de ser Uno, no es posible recuperar el objeto primordial perdido, ni silenciar el espacio que separa a los sujetos.

4.5. El amor y su transitoriedad

“Si hay una flor que se abre una única noche, no por eso su florescencia nos parece menos esplendente”

(Freud, 1915, p. 310).

En este último apartado, se presentará la noción de *transitoriedad* acuñada por Freud y se la traspolará a la discusión entablada sobre el amor en la adolescencia. Para ello, se retomarán algunas consideraciones en torno a la belleza para luego articularlas con el valor que conlleva el amor más allá de la caducidad de las relaciones afectivas.

En su ensayo “La transitoriedad” (1915), Freud propone la figura de un joven poeta preocupado por la caducidad de lo bello y lo perfecto. El poeta se mostraba renuente a amar y admirar la naturaleza y la creación humana dado que aquella belleza estaba destinada a desaparecer. Desde una mirada pesimista, le parecía carente de valor todo aquello que estaba condenado a la transitoriedad. Sin embargo, sería demasiado disparatado creer que la transitoriedad de lo bello conlleva su desvalorización. En palabras de Freud: “El valor de la transitoriedad es el de la escasez en el tiempo. La restricción en la posibilidad del goce lo torna más apreciable” (p. 309). De esta forma, lejos de empañar el goce, la escasez del tiempo aumenta el valor de aquello que amamos. Freud argumenta a partir del siguiente ejemplo: “En lo que atañe a la hermosura de la naturaleza, tras cada destrucción por el invierno ella vuelve al año siguiente, y ese retorno puede definirse como eterno en proporción al lapso que dura nuestra vida” (pp. 309-310).

A partir de estos fragmentos, se podría pensar en el amor y su capacidad de recreación que va más allá de los límites trazados por la transitoriedad del objeto amado. Lo que nos lleva a pensar en los adolescentes y sus primeros amores o, incluso, en los amores pasajeros vivenciados como eternos y cuyo valor permanece en el tiempo - ya en la vida adulta o en la vejez - como una experiencia afectiva que ha dejado una huella e, independientemente de su caducidad, permanece en nuestras vidas. Más allá del duelo por la pérdida de

un amor, esta situación no le resta valor o significación: “También lo doloroso puede ser verdadero” (p. 309). En este sentido, un amor que se pierde o se termina es tan verdadero y valorable como una relación que perdura largamente en el tiempo. Por ello, los amantes siempre toman riesgos a pesar de la transitoriedad de las relaciones. Estos riesgos o peligros que enfrentan los amantes nos llevan a recordar una imagen forjada por Van Gogh: “Los pescadores saben que el mar es peligroso y la tormenta es terrible, pero jamás han pensado que esos peligros eran suficiente razón para quedarse en el puerto”. El sufrimiento que trae aparejado el amor en su otra cara, no es motivo alguno para que el sujeto deje de enamorarse.

Por otro lado, en relación con la creación artística, Freud (1915) destaca:

“Si acaso llegara un tiempo en que las imágenes y las estatuas que hoy admiramos se destruyeran, o en que nos sucediera un género humano que ya no comprendiese más las obras de nuestros artistas y pensadores, o aún una época geológica en que todo lo vivo cesase sobre la Tierra, el valor de todo eso bello y perfecto estaría determinado únicamente por su significación para nuestra vida sensitiva; no hace falta que la sobreviva y es, por tanto, independiente de la duración absoluta” (p.310)

El amor por la belleza de la obra de arte permanece en el tiempo. Este amor no se destruye con el paso de las generaciones: el valor de lo bello trasciende aún al objeto en el cual se deposita. Este sentimiento de amor no se pierde: las piezas artísticas, así como las relaciones amorosas, no son menos válidas por su limitación temporal. En otras palabras, el amor no sólo es valorado cuando sobrevive. El carácter efímero o fugaz de las experiencias amorosas no le resta significatividad a estas relaciones.

En conclusión, el espectador que permanece frente a la obra de arte queda cautivado por esa belleza. Es en ese instante en el que la mirada junto al pensamiento crean una significación que permanecerá en la eternidad. Más allá de la caducidad de la obra o de la fugacidad inherente a la mirada, el

espectador construirá una significación, es decir, le atribuirá un valor a la obra de arte que sobrevivirá a ese mismo encuentro estético, dejando una huella, una marca que lo acompañará a lo largo de su vida.

Estas reflexiones de Freud sobre la transitoriedad de la belleza, tanto en la naturaleza como en la creación artística, nos invitan a pensar en el amor adolescente que atraviesa encuentros y desencuentros, el amor que se fusiona y se disgrega, recreándose permanentemente, dejando huellas en la vida del sujeto. Más allá de los límites marcados por la transitoriedad de estas relaciones afectivas, pervive el anhelo del encuentro, subsiste la búsqueda, sobrevive el deseo de enamorarse una vez más...

5. Conclusiones

A lo largo de esta tesis, se ha emprendido un camino partiendo de la concepción filosófica clásica - sostenida por Aristófanes en *El Banquete* de Platón - que remite a la idea del amor como fusión de los amantes en la cual el sujeto puede hallar, en el encuentro amoroso, su otra mitad que lo complementa. Sin embargo, ¿es esto realmente lo que ocurre con las primeras experiencias amorosas en la adolescencia? ¿Esta es la única cara del amor? Para responder a estos interrogantes, se ha recurrido, en primer lugar, a la pieza teatral *El despertar de la primavera* (1891) de Wedekind donde se manifiesta lo que le sucede a un grupo de adolescentes, atravesados por la metamorfosis de sus cuerpos y de sus sueños, en esas primeras experiencias sexuales con un otro. A partir de estas escenas teatrales, a la luz de la teoría psicoanalítica, se analizaron las particularidades de la adolescencia y las vicisitudes del amor. Esto ha permitido problematizar la concepción del amor planteada por Aristófanes y abrir nuevas vertientes de análisis en torno al fenómeno abordado.

Aunque provisionarias, aquí se puntualizarán algunas de las conclusiones a las que se ha arribado en este trabajo:

- La adolescencia es el momento en el que el sujeto se confronta, por primera vez, con el real que marca la ausencia de relación sexual. El adolescente se enfrenta con lo desconocido, con un no-saber, con la castración. La adolescencia es un tiempo de tránsito en el cual los jóvenes deberán rearmar su fantasma de la infancia. Atravesado por la metamorfosis, el adolescente intentará construir una narrativa, una ilusión, soporte de su deseo que le permita seguir “jugando” encuentros y desencuentros amorosos.

- Desde la teoría psicoanalítica, se plantea que el sujeto ha perdido su objeto primordial de satisfacción, razón por la cual transita el camino del deseo, buscando reencontrarlo. Es allí donde el amor se plantea como un sentimiento necesario que permite soportar la inadecuación que se manifiesta en el encuentro con el otro. El amor es el engaño que nos permite generar lazos a partir de una ilusión. De este modo, los amantes no son más que *engañadores engañados*. Engañados por el deseo de alcanzar la unión con el objeto perdido construyen, ellos mismos, un engaño - llamado amor - donde creen poder reencontrarlo. El amor se presenta así como la tentativa de construir otra realidad. Es un afecto que se instala en la hiancia de la relación sexual. Es el testimonio de la construcción de un posible imaginario y simbólico que intenta cubrir un imposible estructural.

En definitiva el amor adolescente se presenta como el lugar de las sorpresas, los misterios, las paradojas y las fantasías. Este amor se halla atravesado por la transitoriedad que en nada le resta su valor y significatividad. Es un amor que se proyecta en un espejismo pero cuyas marcas, bien reales, dejan huellas en el sujeto.

6. Referencias bibliográficas

- AAVV (2002). *La vida amorosa*. En: *Psicoanálisis y el Hospital*, N°22. Buenos Aires: Ediciones del seminario.
- Badiou, A. (2009). *Elogio del amor*. Buenos Aires: Paidós, Ed. 2012.
- Barrionuevo, J (2011). "Semblante de las metamorfosis de la pubertad". En: *Adolescencia y juventud. Consideraciones desde el psicoanálisis*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Freud, S. (1905). "*Tres ensayos de teoría sexual*". En: *Obras Completas*, Vol. 7. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1907). "Intervenciones de Sigmund Freud sobre 'El despertar de la primavera' ante la Sociedad Psicoanalítica de Viena". En: F. Wedekind, *El despertar de la primavera: Tragedia infantil*. Buenos Aires: Letra Viva, Ed. 2017
- Freud, S. (1915). "La transitoriedad". En: *Obras Completas*, Vol. 14. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gamsie, S. (1996). "Pubertad al fin... 'siempre y cuando los chanchitos no se los coman...'" ". En: *Psicoanálisis y Hospital*, N°10, Buenos Aires: Ediciones del Seminario.
- Gironde, O. (1932). *Espantapájaros (al alcance de todos)*. Buenos Aires: Losada, Ed. 2001.
- Grassi, A. (2012). "Metamorfosis de la pubertad: el hallazgo (?) de objeto". En: A. Grassi y N. C. Córdova, *Entre niños, adolescentes y funciones parentales. Psicoanálisis e interdisciplina*. Buenos Aires: Editorial Entreideas.
- Insua, G. (2015). *¡Ojalá te enamores! Sobre la Lógica Amorosa en la Adolescencia*. Buenos Aires: Letras Viva.
- Lacan, J. (1956-1957). *Seminario 4: La relación de objeto*. Clase XXI. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1959-1960). *Seminario 7: La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1964). *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1972-1973). *Seminario 20: Aun*. Buenos Aires: Paidós.

- Platón. *El Banquete*. Madrid: Alianza Editorial, Ed. 1989.
- Sotelo, I. (2013). "El cuerpo en el despertar". En: *IV ENAPOL* (Encuentro Americano de Psicoanálisis de Orientación Lacaniana), Buenos Aires, 22 y 23 de noviembre.
- Stevens, A. (1998). "La adolescencia, síntoma de la pubertad" En: *Actualidad de la clínica psicoanalítica. Centro Pequeño Hans*. Buenos Aires: Ediciones Labrado.
- Szapiro, L. (1996a). "Acerca de la pubertad y la adolescencia". En: *Revista Registros*. Buenos Aires.
- Szapiro, L. (1996b). "Algunas reflexiones en relación a algunas intervenciones en la clínica con púberes y adolescentes". En: *Resonancias de la interpretación en Psicoanálisis con niños. Centro Pequeño Hans*. Buenos Aires: Atuel.
- Szapiro, L. (1997). "Algunas puntualizaciones en relación a la pubertad en Freud". En: *Revista Psicoanálisis y Hospital*, N° 10. Buenos Aires: Ediciones del seminario.
- Van Gogh, V. (2008). *Cartas a Théo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Wedekind, F. (1891). *El despertar de la primavera: Tragedia infantil*. Buenos Aires: Letra Viva, Ed. 2017.